

RODIMIRO
Y ¿es esa
de nuestra paz la oliva? ¿Es ese el precio
á que te he de salvar? Tamaña afrenta,
en lugar de extinguir mi sed de sangre,
me la dobla, doblándome la ofensa.

ALBOINO
Rodimiro....

RODIMIRO
Pues qué, ¿piensas que ignoro
que un afecto no más hay que entereza
tu fiero corazón; que hay, Alboino,
una mujer no más sobre la tierra,
por quien vaga en tus labios la sonrisa,
que en tu alma del furor la fuente seca,
y que tus leyes bárbaras revoca....,
y esa mujer, rey Alboino, es ella?

ALBOINO
¡Cielos! Y ¿quién del libro de mi pecho
te ha mostrado esa página secreta?

RODIMIRO
Otro labio Real.

ALBOINO
¡El de Rosmunda!

RODIMIRO
El de Rosmunda, sí.

ALBOINO
Pues bien; si entera
la historia sabes, con razón más sólida
la paz te ofrezco con Brenilda; acéptala.

RODIMIRO
¡Semejante baldón! Tirano imbécil,
si las infames manos tienes hechas
á que los perros de tu esclava Italia
se arrodillen, humildes, á lamértelas,
no esperes, no, que los lombardos tigres
á recoger tus desperdicios vengan.
Yo amé á Brenilda mientras fué á mis ojos
pura, lejana y rutilante estrella;
cuanto lejana más, más admirable,
más digna de anhelarse su belleza.
Mas hoy que como tuya la conozco,

mi amante corazón cambia para ella,
y si odio engendró en él tu negativa,
desprecio en él tu ofrecimiento engendra.

ALBOINO
¿Qué es lo que dices, insensato?

RODIMIRO
Digo,
que á quien tú se la das, te la desprecia;
que no hay entre los dos de este punto,
ni lazos, ni amistad, ni fe, ni treguas.

ALBOINO
¡Basta, rayos del cielo! Tú lo dices, [gua
no hay treguas, ni amistad; tu infame len-
en la mitad del corazón me ha herido
con el desprecio de Brenilda, y esta
es una injuria que jamás sabría
mi rabia perdonar.... ¡Oh! ¿Y ofrecértela
pude yo en un momento de locura?

¿Cuándo pudiste acaso merecerla?
¿Quién eres tú para que á amor tan alto
las torpes alas á tender te atrevas?
Arrodíllate, esclavo; de rodillas
debes oír su nombre; el labio en tierra
le debes pronunciar, el polvo sólo
para besar en que sus pies asienta;
tienes razón: no hay paz entre nosotros,
ni treguas, ni amistad; y en las extremas
horas que á un tiempo de peligros tantos
circundan y amenazan mi existencia,
no por mi salvación te envía el cielo,
sino porque de ti vengado muera.

¡Oh! Y morirás; el término aplazado
de mi aliento vital siento que llega,
porque veo que el mundo se desploma
sobre mí; pero ve lo que te resta:
este alcázar va á ser nuestro sepulcro;
yo le defenderé mientras que tenga
sólo un soplo de vida; hasta esta hora
tú conmigo estarás, y cuando sienta [ble,
que el alma me abandona, haré, implaca-
arrancarte la tuya en mi presencia.

RODIMIRO
Yo la daré tranquilo, porque nada
mi ánima ya del universo espera,
y porque si tú vences, todavía
para vengarme á mí Rosmunda queda.

ALBOINO
¿Rosmunda? Desvarías con el miedo.
Si ella con tus lombardos se presenta
delante del palacio, á sus balcones
haré colgar tu lívida cabeza;
y tus mismos lombardos, al mirarla,
antes que en mí te vengarán en ella.

RODIMIRO
No; la sombra insepulta de Comundo
con ella va y en su favor pelea.

ALBOINO
¿Qué estás diciendo?

RODIMIRO
Que el misterio sabe
que en esa copa tu furor encierra,
y que esta noche cerrará Rosmunda
del padre Rey la profanada huesa.

ALBOINO
¿Tú se lo descubriste?

RODIMIRO
La he pagado
secreto con secreto; deber era.
No hay esperanza; contra ti, Alboino,
hasta los muertos su sepulcro dejan;
y no reposarán en sus sepulcros
hasta que al tuyo descender te vean.

ALBOINO
Tantos descenderán de mí delante,
que les haré tal vez perder la cuenta;
y te juro que no has de ser el último
de mi mortuoria comitiva.

RODIMIRO
Llega
todavía mi brazo hasta mi espada,
y en tanto, Rey, que levantarla pueda,
ni moriré como cobarde esclavo,
ni seguro estarás delante de ella.

ALBOINO
Y hombre soy que obligará á tu espada
con el brazo á caer que la sostenga,

si antes que de la vaina la desnudes
aquí á mi voz mis húngaros no llegan.
¡Hola! Bucilio....

ESCENA IV

ALBOINO, RODIMIRO y ROSMUNDA

ROSMUNDA

¿Qué queréis?

RODIMIRO

¡Rosmunda!

ALBOINO

¡Oh! ¡Me los junta mi feliz estrella!
¡Bucilio, pronto á mí!

ROSMUNDA

No será fácil
que ya á tu voz á presentarse vuelva.

ALBOINO

¿Por qué?

ROSMUNDA

Porque está lejos. Alboino,
tu voz á la honda eternidad no llega.
Mira.

(Abre las puertas del fondo y ve una guardia romana
y á Bucilio tendido á un lado.)

ALBOINO

¡Traición tamaña!

ROSMUNDA

Es obra mía.
Yo metí con silencio y con destreza
en tu palacio á los lombardos antes
que Bucilio á tus húngaros metiera.
Y he vendido á Verona á los romanos
al caro precio de tu sangre regia.
¡Ea, pues! A morir como quien eres
disponete ya; tu comitiva es ésa.
Esos romanos que Longino envía
para llevarle la ofrecida prenda,
tu tronco Real conducirán al campo,
y ante el Emperador tu Real cabeza.

ALBOINO

El coraje me ahoga.

ROSMUNDA

Ahora, Alboino, si es que en señal de despedida eterna quieres vaciar el postrimero vaso, tu copa de marfil te daré atenta, diciéndote á mi vez: «Bebe, Alboino, que con mi padre bebes.» Mas contempla, que si me has dado en muchas tu venganza, yo te he dado la muerte en la primera.

ALBOINO

¡Oh, te sabes vengar!

ROSMUNDA

Tú me enseñaste; y lo bien que aprendí para que veas, sabe que el cetro de Comundo vuelve á mi mano otra vez, é Italia entera, amparada mirándome de Roma, me aclama al par libertadora y reina.

ALBOINO

¡Tú amparada por Roma!

ROSMUNDA

Sí, Alboino, y en tu lugar sobre tu solio puesta.

ALBOINO

Ahora comprendo el bárbaro desprecio con que á Brenilda ajó.... ¡Reinar esperas con Rosmunda también!

RODIMIRO

Tente, Alboino: yo no tengo, cual tú, sangre de fiera, y ni lecho, ni trono, ni sepulcro sabría nunca dividir con ella.

ROSMUNDA

Mas partirás con él mi cruel venganza, que sabré sobre ti lograr entera.

ALBOINO

¡Oh, respiro!.... Os odiáis; gracias, ¡oh [averno!

Rosmunda, ya lo ves, su odio me venga; todo por él lo has hecho, pero todo, porque viene de ti, te lo desprecia.

ROSMUNDA

Pues más caro que tú mis iras pagas, va á pagar el desprecio que me muestra; y siento, por quien soy, que mi venganza ver, Alboino, hasta su fin no puedas, porque tal es, que la creyeras tuya viéndola tan medida y tan completa.

ALBOINO

También la mía lo es, puesto que os dejo aborreciéndoo siempre, y me consuela morir sabiendo que en ausencia mía viviréis en discordia sempiterna.

ROSMUNDA

¡Oh, te lo creo! Mas te aguardan, parte; rey Alboino, mi justicia es recta. Tu sepulcro está allí, mas no vacío; la sombra de mi padre en él te espera.

ALBOINO

Yo al lado suyo dormiré tranquilo, y en su tumba entraré con faz serena, porque no piense que al morir, su espíritu el corazón con que le odié amedrenta. Goza, pues, de tu suerte y tu venganza como gozarla supe yo, y no temas de mis labios oír súplica inútil en favor de otra víctima que deja mi torpe imprevisión entre tus manos, y á quien no salvará ni su inocencia. Y no quiero gastar mi aliento en balde y desmentir la heroica grandeza con que debe arrostrar esta venganza quien de esa copa se sirvió en la mesa. Sí; yo sabré morir como he vivido, mi suerte afrontaré tal como sea, y expirará Alboino sin que exhale un ¡ay! su corazón, ni un ¡ay! su lengua.

ROSMUNDA

Vé, pues: sabéis mis órdenes; cumplidlas.

RODIMIRO

Venganza es harto justa, pero horrenda tu venganza es también.

ESCENA V

ROSMUNDA y RODIMIRO

ROSMUNDA

Detén la planta; cumplir me resta la mitad segunda: de Comundo vengué la causa santa, mas falta aún la causa de Rosmunda.

RODIMIRO

Véngala tú: yo parto en el momento de Italia para siempre, que me aterra que á la par nos cobije el firmamento y al par nos sufra sobre sí la tierra.

ROSMUNDA

¿Tanto, pues, me aborreces?

RODIMIRO

Cuanto cabe en ofendido corazón humano, cuanto tu mente concebir no sabe y mi lengua explicar querría en vano. Y á mi sincero corazón perdona, Rosmunda, esta verdad: tu faz sombría me espanta aún á través de esa corona que te ciñe la sien de pedrería, mas que no la ennoblece ni la abona. Esos altivos y radiantes ojos, por quien varones mil tal vez deliran, corazones rindiendo á sus antojos, dan al mío pavor cuando me miran. Y esa romana y clásica hermosura que hace admirar tu forma majestuosa, no sé qué tiene para mí de obscura, que hace á mis ojos tu beldad odiosa. Un Dios, ó un mal espíritu, en tu pecho encendió una pasión que te esclaviza, y no puedo vivir bajo de un techo que cubre esa pasión que me horroriza. Tal vez dirás que tus hechizos dejo por los de otra mujer...., ¡mujer perjura! Mas si amé á otra mujer, que imagen pura de los cielos creí, cuando reflejo la concebí de tu maldad impura, la odié también, y de las dos me alejo despedido, á llorar mi desventura.

Adiós, pues, ¡oh Rosmunda! Ya vengada quedas y reina; y al romano unida, los lombardos de ti no esperan nada, ni quieren de tu tierra ensangrentada más que el sol que señala su partida. Adiós.

ROSMUNDA

Espera.

RODIMIRO

¿Qué?

ROSMUNDA

Pues te he escuchado esa que acabas relación funesta, justo es que de mi labio apasionado escuches tú también una respuesta. Tus bárbaras palabras, una á una, aquí en mi corazón cayendo han ido, ahogando en él sin compasión alguna cuanta esperanza en él se ha mantenido. Tú me has abierto el tuyo; es, pues, for-

[zoso que el mío te abra yo, y de cerca al verle, penetres en su centro misterioso y aprendas de una vez á conocerle. ¡Tú me has aborrecido, y yo te amaba! Con insolente mofa, tu desprecio de sí apartó cuanto mi amor te daba, y aun retó á mi furor tu orgullo necio. Por ti ultrajado, y de tu amor testigo, cambióse al fin mi corazón contigo. Oye, pues: la pasión que te horroriza no existe ya en Rosmunda; el odio insano que implacable hacia mí te fanatiza, reina en mi pecho con poder tirano. No soy ya la Rosmunda que te adora, soy la Rosmunda que ultrajada y fiera, del inmenso furor que en sí atesora, viento va á dar á la gigante hoguera. Rosmunda sólo sabe, Rodimiro, ó amar ó aborrecer, mas nunca olvida; ama de amor hasta exhalar su vida, y aborrece hasta el último suspiro. Tan poderosa, pues, tal en grandeza, mi amor concluye, y mi venganza em-

[pieza. ¡Oh! Y aun no afrontes con mi faz som-

[bría

tu desdenoso continente fiero,
y escucha con paciencia todavía,
pues mi venganza que comprendas quiero.
Piensas dejar la Italia prontamente;
mas ¿cómo?

RODIMIRO

En paz con Roma, estorbos va-
[nos
me opondrás á que parta con mi gente.

ROSMUNDA

¿Les quitarán los hierros de las manos?

RODIMIRO

¿Qué es lo que dices?

ROSMUNDA

Tu legión valiente
dejé esclava también de los romanos.

RODIMIRO

¡Miserable de mí!

ROSMUNDA

Ya te lo dije:
sólo sé amar ó aborrecer; si necio,
mi odio fatal tu corazón elige,
mi odio y mi amor le costarán gran precio.
Escoge, aun puedes; mi piedad es tanta:
con los tuyos esclavo, ó rey conmigo.

RODIMIRO

El cielo mismo junto á ti me espanta:
no; antes morir que respirar contigo.

ROSMUNDA

Está bien, morirás; mas antes quiero,
á ésa que tanto amaste en algún día,
que des al menos el adiós postrero.

RODIMIRO

No, no la quiero ver.

ROSMUNDA

¡Oh, es cosa mía!

RODIMIRO

¡Ah! Me hiela de horror tu aspecto fiero.

ROSMUNDA

Así el desprecio de mi amor se expía
y el cáliz del rencor se apura entero.

(Va á la puerta de la izquierda, y abriéndola,
llama á Brenilda en alta voz.)

Brenilda.....

RODIMIRO

¡Ah! ¡Yo no sé qué vaticino
de horrible aquí!

ROSMUNDA

Quimérico recelo.

Brenilda.....

RODIMIRO

¡Oh! ¡No la llares!

ESCENA VI

ROSMUNDA, RODIMIRO y BRENILDA

(Brenilda, al salir, se detiene á la puerta, junto á la cual
está Rosmunda cruzada de brazos, sombría é inmóvil.
Rodimiro permanece en el centro de la escena sin mi-
rar á Brenilda.)

BRENILDA

(Al salir, deteniéndose.)

¡Santo cielo!
¿Aquí aún?..... ¿A qué lúgubre destino
vuestra calma fatal sirve de velo?
¡Oh! ¡Hablad por compasión!..... ¿Que es
[de Alboino?

ROSMUNDA

(Á Rodimiro.)

Su primera palabra.

BRENILDA

Habla; ¿qué es esto,
Rodimiro? ¿Qué es de él?

RODIMIRO

¡Déjame, ingrata!
¡Apártate de mí! ¡Yo te detesto!

ROSMUNDA

(Á Brenilda.)

Ya lo oyes.

BRENILDA

¡Ay de mí! ¡Su voz me mata!
Mas no hablo ahora de mi amor..... Mi
[oído
percibió aquí su voz..... Confuso estruendo
de gentes escuché..... ¿Dó está? ¿Qué ha
de Alboino? Acabad. [sido

ROSMUNDA

(Á Rodimiro.)

Ya lo estás viendo.

BRENILDA

¡Oh, acabad de una vez! Hablad, señora,
vos que sabéis cuánto le amé..... De hino-
os lo ruego á los dos. [jos

ROSMUNDA

Sea en buen hora.

BRENILDA

¿Dónde está? ¿Dónde?

ROSMUNDA

(Abriendo la puerta del fondo, por delante de la cual
se ve pasar el cadáver de Alboino, llevado en hombros
de los romanos.)

Aquí; vuelve los ojos.

BRENILDA

¡Padre mío!

RODIMIRO

(Horrorizado.)

¡Ah! ¿Su padre?

ROSMUNDA

¡Es Alboino;

y tú, que á mi furor le has entregado
dentro de este aposento, su asesino!

RODIMIRO

¡Miente, Brenilda, miente! ¡Oh! Nunca
[creas
que en su sangre Real teñí mis manos.

BRENILDA

¡Apártate de mí!..... ¡Oh! ¡Maldito seas!

RODIMIRO

(Á Rosmunda, dirigiéndose á ella en actitud
amenazadora.)

¡Ah! ¡Entiendo toda tu maldad!

ROSMUNDA

Romanos,
vuestro esclavo tomad.

(Los romanos le sujetan.)

RODIMIRO

¿Yo esclavo?

ROSMUNDA

Ahora,
mide hasta dónde mi rencor alcanza.

RODIMIRO

¡Toda su sangre sobre ti, traidora!

ROSMUNDA

Toda la necesita mi venganza
gota á gota sorber. Vé, pues; implora
al cielo si en él crees; y cuando presta
tu alma á partir, del corazón se exhale,
¡dile á ese corazón que me detesta
lo que el cariño de Rosmunda vale,
lo que el desprecio de Rosmunda cuesta!

